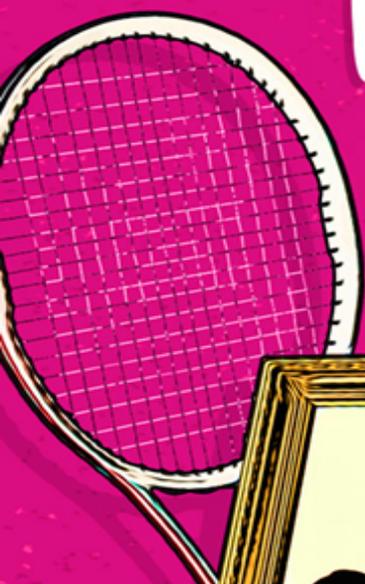


Marjela Ghenadenik

Una
Felicidad
posible



dNX DEL NUEVO EXTREMO

Una felicidad posible

Una felicidad posible

Mariela Ghenadenik

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Una felicidad posible

Ghenadenik, Mariela
Una felicidad posible / Mariela Ghenadenik. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2020.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-609-779-6

1. Novelas de la Vida. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2018, Mariela Ghenadenik

© 2019, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.
Charlone 1351 - CABA
Tel / Fax (54 11) 4552-4115 / 4551-9445
e-mail: info@dnxlibros.com
www.delnuevoextremo.com

Imagen editorial: Marta Cánovas
Corrección: Mónica Ploese
Diseño de tapa: WOLFCODE
Diagramación interior: Dumas Bookmakers
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-609-779-6

Para Sergio y nuestros hijos

1

El mundo exterior se reduce a unas figuras sepia sobre la pared que se abren paso entre las hendijas de la persiana. No hay viento, no hay pájaros, ni vecinos. Los chicos en el colegio, Bruno quién sabe y Herminia en alguna parte de la casa, si es que está.

Estiro el brazo para mirar la hora, me enredo en el camión y tiro al piso el control remoto de la televisión, el del aire, el celular y las llaves del auto. Las sombras de la pared, líneas que se entrecruzan por obra de la luz. No puedo reconstruir ninguna representación de lo que veo; tal vez sean uno de los postes y el sauce que está al lado. Podría ser alguna máquina excavadora de la casa que están construyendo al lado.

Bruno no entiende por qué en los museos le saco fotos a la sombra de las esculturas, dice que alguien creó una escultura con un sentido estético (habla de sentido estético como si por dedicarse al arte gobernara lo que eso quiere decir) y que la contemplación es *en torno a la obra de arte*. A mí no me interesan las cosas. Me gusta ver el dibujo involuntario, el carbónico que no es idéntico, que interviene de manera silenciosa sobre la pared. Hay algo de afuera que entra y crea un dibujo que, dentro de un segundo, cuando cambie el sol o pase una nube, va a ser otro. Es una memoria que se desdibuja y tal vez por eso me resulta tan atrapante, porque nunca tiene sentido real. Respiro hondo y me sueno el cuello. No sé si tengo sueño, pero no quiero levantarme.

Trato de alcanzar el celular y me duele el hombro, tal vez me estoy deshaciendo. Apenas lo toco empieza a sonar.

—Hola, doctora, ¿muy temprano?

Todavía no llegué a ver qué hora es.

—¿Hoy atiende en su consultorio?

—No, hoy estoy en la clínica. ¿Qué pasó?

Entre llantos el escribano gordo de la hernia inguinal dice que anoche se hizo pis en la cama. Que sintió que tenía que levantarse, pero que no llegó y se hizo pis. Que después fue al baño, que se sentó y siguió haciendo pis, aterrado de estar en el lugar equivocado, de estar haciendo pis en cualquier parte.

—¿No será un tumor, doctora?

Me incorporo mientras bostezo (tengo que bajar la dosis del zolpidem para dormir) y pienso que no hay amenaza social más efectiva que la posibilidad de un cáncer. La respuesta correcta sería que las causas de la enuresis adulta pueden ser por agrandamiento de próstata (que podría tener que ver con un cáncer), infecciones (que podrían derivar en un cáncer), diabetes (que puede causar un cáncer) o problemitas emocionales por tomarse una profesión menor tan en serio que también pueden generar un cáncer.

—Es más común de lo que se cree, pero nadie se lo cuenta a los demás. Si vuelve a pasar lo vemos.

—No, espere. ¿No será un principio de Alzheimer? No podía darme cuenta si estaba bien en donde estaba —llora.

—Suen a una pesadilla. Hable con su terapeuta.

Cuelgo. Pienso en marketing del cáncer, la referencia al futuro, al estoicismo, a la piedad por el enfermo. Para el común, el enfermo de cáncer es una víctima absoluta del azar y por eso da tanto miedo. No se provoca, no se contrae, no es necesariamente a causa de un descuido o de haber llevado una vida arriesgada; solo puede suceder. Posible azar, cierta predisposición genética o mala suerte. El día que mis pacientes —y Bruno, y todos los que conozco— dejen de organizar la vida en torno a que siempre hay una causa y una consecuencia, dejarán de estar tan enfermos

de idiotez. Consecuencias, sí, siempre. Causas directas, quién sabe.

Me tapo; el peso del edredón es un abrazo cálido. Las próstatas siempre me provocan el mismo acto reflejo; después de todo, yo también soy prisionera del temor al cáncer. Pienso en Alejandro y en mi marido, juntos los tres. No puedo, tenso los abdominales y vuelvo a intentarlo. Trato de pensar en otro que no sea Bruno, aparece Germán; ahora él y Alejandro están en mi fantasía; no somos un triángulo, sino brazos y piernas. Yo con Alejandro, él con Germán, yo con Germán y después con los dos. Al fin logro concentrarme, pero no alcanza. Vuelvo a empezar: Germán a mis pies, obedece, el mundo entero me obedece. Estoy con alguno de los dos, no me importa cuál. Miro nuestras sombras en la pared, dibujos involuntarios y deformes: yo estoy entre ellos y entonces sí: el temblor en todo el cuerpo. Estrujo la almohada hasta que me vuelvo a quedar dormida.

—Me recomendaron una ambientadora estupenda —la voz cascada de Martina se entusiasma en el micrófono del auto y aturde cada rincón.

Bajo la ventanilla, prendo un cigarrillo, medito sobre la palabra *estupenda* y trato de descifrar con cuál de todas las otras madres idiotas del colegio de los chicos habrá estado desayunando. Santa Martina, si no fuera por vos tendría que ir yo a esos desayunos de madres lobotómicas. A veces tengo ganas de pagarle algún sueldo; es casi una asistente que me alivia de la responsabilidad del funcionamiento de la rutina escolar de mis hijos, que en la repartija de obligaciones maritales inexplicablemente me correspondería a mí.

Me detengo en un semáforo y miro la hora. Los pacientes deben haberse acumulado en la sala de espera y Martina

habla de un camastro con cañas, orfeos superdomos, camino de cortaderas, fardos y carpas.

—Como quieran ustedes, Martina. Decime cuánto sale y te hago llegar el dinero.

—¿Te parece con mesas cuadradas o mejor armar livings? Hay unos centros de mesa que aunque son con alcauciles quedan estupendos.

Termino el cigarrillo, cierro la ventana, arranco y la voz de Martina vuelve a encapsularse dentro del auto; habla de barriles con fuego a los costados de la pista y el equilibrio de los cuatro elementos. No puedo creer que estoy prestando atención a lo que habla.

—Estoy llegando tarde a la clínica, tengo que colgar.

—...

—...

—Lucía, es la fiesta de egresados de primaria de nuestros hijos... Sabemos que estás muy ocupada, pero sería genial que todas aportemos ideas, ¿no te parece?

Ni que se hubieran quemado las pestañas estudiando para terminar la primaria como para semejante despropósito de festejo. Ella insiste: *tal vez deberías venir a la próxima reunión de madres*. Respiro hondo. Mi trabajo es salvar vidas, no tengo ganas de perder mi tiempo con mujeres que se toman demasiado en serio, ni intención de participar de un festejo donde *las madres* les cantamos (por Dios) alguna canción alusiva sobre la base de las parrafadas que alguna de las madres -siempre la más burra- escribirá para la ocasión, probablemente con faltas de ortografía; porque lo que importa, lo que verdaderamente creen que las distingue del vulgo, es saber hablar bien inglés.

Imagino las tres horas de acto escolar en una silla de plástico, mientras las maestras -mártires, a mi entender- tratan de conmovernos con un compilado de momentos significativos (emotivos, graciosos, absolutos) y de convencernos de que nuestros hijos son mejores que el

resto y no los pavos inmaduros que son, como cualquiera a su edad.

A veces me resulta extraño pensar que soy madre de dos hijos. Es verdaderamente extraño. ¿No, Lucía? Que me digan mamá cuando nos cruzamos en casa es algo dado, como si me dijeran doctora en el pasillo de la clínica. Pero pensar que parí y crío dos hijos es un inverosímil, casi como vivir la vida de otra persona.

—Lucía, ¿estás ahí?

La primera vez que caí en la cuenta de que tenía hijos fue cuando Luciano y Mildred tenían unos seis meses. Estábamos almorzando en casa de Héctor y María, yo hablaba con Héctor de temas de la clínica y, como no los tenía dentro de mi campo visual, olvidé por completo que existían. Habrá durado media hora o tal vez más y me sorprendí cuando uno de los dos se largó a llorar. Miré a Luciano ya calmado desperezarse en mis brazos y seguí hablando de manera automática. El eco del llanto de Mildred que arrancaba después de que su hermano se hubiera calmado eran bocinazos lejanos. Seguí hablando sin mirar a nadie, mi voz retumbaba como si yo fuera un ventrílocuo de mí misma o tuviera una sordera momentánea. La sensación de extrañamiento y de vivir en un eco permanente duró tantos meses que terminé por aceptar hacerme una audiometría en la que una estúpida con el ambo mal abrochado me quiso recetar un audífono porque el equipo de testeo estaba mal puesto y no logré captar todos los sonidos.

—¿Lucía...?

—Sí, acá estoy.

—Bueno, fijate y avísame en cuál de las comisiones de organización de la fiesta te pongo. ¿Te parece ocuparte de la torta?

El lugar común para referirse a los hijos es describir que son un amor visceral. Claramente, los que dicen eso jamás vieron ni tocaron unas vísceras. Por supuesto que no me son

indiferentes; no quiero que se enfermen ni que se mueran antes que yo, pero de ahí a la abnegación -mentirosa, por otra parte- hay un largo trecho. No les creo nada a esas madres que dicen que todo es en función de sus hijos. Mienten. Por supuesto que cada decisión incluye a los hijos, como se incluyen todas las variables en cualquier decisión. ¿O acaso estas madres *que lo dan todo por sus hijos*, como vos, Martina, se excluyen cuando eligen, por ejemplo, adónde irse de vacaciones? No conozco a ninguna que haya destinado dos meses a estar inmóvil, tirada en un sillón frente a una pantalla, que es lo que elegiría hacer un chico de la edad de nuestros hijos si se le diera la opción.

Pero el lugar común, el aspiracional, el *correcto*, es ser una de estas madres que publicitan todo lo que dejan de lado para consentir cada capricho de sus hijos, porque en el fondo son ellas unas caprichosas. Mentira que resignás otra cosa, Martina, tu entrega es a esperar el reconocimiento por cualquier acto que hacen tus hijos. A mí me da igual, pero el problema es que después tengo que lidiar yo con ese verosímil. Al día de hoy Bruno espera que *disfrute* de cuidar cuando alguno de los chicos se enferma. ¿Se nos ocurre algún bodrio más grande que cuidar de un hijo aburrido y con faringitis, Lucía (ni que hablar de dos)? Después Bruno se consuela repitiendo frases de su psicóloga -que ni siquiera es médica-, que aparentemente le explicó que mi *imposibilidad* de cumplir un *rol más afectivo de madre* es porque mi mamá se suicidó delante mío y eso aparentemente debería ser un problema a resolver.

Y para mí la relación que tengo con mis hijos está bien así. Bruno, Martina, oigan: mis hijos son parte de mi vida, cómo podrían no serlo. Somos personas diferentes cumpliendo un rol y punto.

—Martina, si quieren yo pago todo el catering, el que elijan, no hay ningún problema con eso. Pero no veo qué tienen que hacer unos alcauciles como adornos, no sé lo

que es un orfeo superdomo y todo el festejo me parece una desgracia. ¿Hola?

La vuelvo a llamar, no atiende y en un minuto va a llamar ella para decirme alguna variante de los problemas emocionales que todas creen que tengo. Es un caso de estudio que tantas personas sean capaces de elaborar tantos razonamientos infelices.

Estaciono y le escribo un mensaje: *me parece bien lo que decidan.*

¿Algo más me querías decir?, responde.

No contesto, me bajo del auto y camino hasta la clínica.

—Buen día, Lucía —Madelón, sacando pecho para que vea su cartelito de jefa de enfermeras, me reprocha en silencio el horario.

—Doctora Garrido —corrijo y observo sus tobillos varicosos. Se olvida de que soy casi dueña de este lugar, que cuando Héctor se muera de una vez voy a decidir yo las cosas.

Mete las manos en los bolsillos, donde suena un universo de monedas, llaves, caramelos y ansiolíticos varios y, acunándose hacia adelante y hacia atrás, ignora mi corrección y detalla las novedades: liberación de coágulos en el pis del cáncer de próstata de ayer, niveles normales de uremia en la paciente con enfermedad autoinmune y fascinación generalizada por el quiste de una gorda que operé hace dos días; una formación heterogénea hipoecoica de bordes netos, benigna, de tres kilos.

—El quiste se convirtió en la mascota de la sala y están armando un sorteo para ponerle nombre —pela un caramelo y lo pega en el paladar para seguir hablando—. El favorito por ahora es Quique.

—¿Quién es Quique?

—El nombre que le quieren poner al quiste que le sacó a la paciente.

Mientras habla con el caramelo pegado parece que tuviera ortodoncia. Pienso en la estructura de su paladar, algo que varios experimentaron, incluido el de seguridad, para lograr que dejara de hacer circular un video del circuito cerrado donde se la ve trepada a una mesa liquidar a cucharadas todos los flanes y gelatinas para los pacientes de la clínica.

—El doctor Segurola preguntó varias veces por usted — dice con el caramelo ocupando la mayor parte de su boca— y su suegro también preguntaba a qué hora llegaría. Hubo un problema con la cirugía de la semana pasada de la mujer de las paratiroides.

—¿La paciente del doctor Gentile? ¿Qué pasó?

—Desconozco.

—No entiendo qué tengo que ver yo con esa paciente.

—Como usted ayudó a operar, Héctor quiere hablarle por ese tema.

Las manos en los bolsillos deformados deben palpar la recaudación de la noche: propinas que las enfermeras siguen aceptando aunque fuimos claros en que estaba prohibido recibir dinero de los pacientes. Segurola dice que es una batalla perdida intentar razonar con *mucamas glorificadas* como él las llama.

—El doctor Recondo, querrá decir.

Madelón abre la boca para despegar su caramelo. Puedo ver su lengua, el caramelo tapando la bóveda palatina. Tiene lengua de vaca.

—Y también necesito que me firme algunas altas para liberar camas.

—Después lo vemos —digo.

Camino hasta mi consultorio, ella me sigue con pasos largos y balanceando los pies hinchados.

—Necesito que sea ahora. Segurola me está respirando en la nuca para que vacíe camas y yo no puedo tener más

pacientes en mi noche.

El caramelo se hace trizas entre sus dientes. Mete una uña verde metalizada en su boca para despegar un pedazo pegado en las muelas. Suena mi celular, no reconozco el número. Apago y atravieso la sala de espera sin mirar a nadie. Los pacientes nunca son muy distintos entre sí: siempre una madre con un hijo en brazos que llora histérico, caras de terror, quejas de cuándo los van a atender, viejos que rara vez tienen otra cosa que vejez. Todos esperan un dictamen, una sentencia respecto de cómo están, de cómo estarán.

Los médicos no somos tan distintos de los brujos o de los abogados y tal vez por eso los abogados también se hagan llamar *doctor* con tanta impunidad: ambos lucrarnos con la tolerancia al riesgo de perder la salud y la libertad. Hay un chiste que dice: “Papá, ¿qué es un mercenario?”. “Alguien que hace cualquier cosa por dinero, hijo”. “Ah, un abogado, entonces”.

La mujer del hijo histérico me toca el hombro: *doctora*. Pide pasar primero, que es urgente. El resto de la sala grita que todos están esperando a ser atendidos, algunos que llegan tarde al trabajo, que es por orden de llegada, etcétera.

—Por favor, mi hijo está sin dormir, tiene diez meses. No aguanta más.

La mujer tiene los ojos negros, desesperados. Ya vino otras veces por infecciones urinarias del bebé. Es probable que haya que corregir los uréteres para que el chico no pierda el riñón con el tiempo, pero yo no opero casos pediátricos. Además, por la edad del hijo, antes de operarlo habría que darle antibióticos durante un par de años, remedios que probablemente la mujer no pueda pagar, a pesar de tener la prepaga que la habilita a entrar en mi clínica. Le recomendaría que vaya haciendo tests de compatibilidad entre los familiares para encontrar un futuro

donante de riñón para su hijo. Muchas veces las desgracias le sucede a la gente que no puede pagar por la salud.

—Tiene que ir a Pediatría —respondo.

La mujer dice que la enviaron conmigo, que soy la mejor cirujana del país, dice. La sala de espera vuelve a gritar que espere su turno. Le digo a la mujer que me espere un poco y vuelve tranquila a su rincón, el hijo pone una mano torpe en el pecho de su madre, apoya la cabeza en el hombro y se chupa el dedo mientras entrecierra los ojos.

Avanzo por el pasillo y los de la sala de espera gritan a la de la recepción cuándo empiezo a atender, qué pasa que en esta clínica no hay doctores, que pagan por que los atendamos, etcétera. Madelón me indica que primero firme el alta a la paciente del quiste; en el camino nos cruzamos con una mujer vestida con un ambo de cirugía que me saluda con un gesto de cabeza. Es bastante mayor para ser residente, nunca antes la había visto.

—¿Quién es? —pregunto.

—Después le averiguo. Por acá, Lucía.

La mujer del ambo me roza al pasar y tiene todo el lado izquierdo quemado: mano, antebrazo, cuello, mejilla y oreja con cicatrices queloides y huecos calvos por donde habrá pasado el fuego hace mucho tiempo. Después de muchos, muchos años, pienso en mi mamá.

La veo entrar a la cafetería y noto que tiene vendado el otro brazo.

—Por acá, Lucía —insiste Madelón y entramos en la habitación.

—Quiero ver a Quique —la gorda del quiste llora a los gritos desde la cama y me pregunto por qué las lágrimas de las gordas son siempre más gruesas que las del resto del mundo. Madelón abre un pastillero mientras reviso los puntos de la paciente.

—Vuelva en cinco días así retiramos los puntos —la gorda me mira con los ojos enrojecidos. La papada le tiembla

como un sapo al croar; revuelve su lengua y sorbe lo que podrían ser mosquitos de un pantano.

—Quiero ver a Quique.

Mientras le coloca el tensiómetro, Madelón intenta cerrarle el velcro que apenas rodea el brazo de la paciente.

—Quedate quietita, reina. Doctora, cuéntese algún chiste nuevo.

—No tengo idea... Dejame pensar...

Ahora no hables, reinita, Madelón me mira expectante mientras termina de tomarle la presión a la paciente.

—A ver... Bueno, cuentan que un grupo de médicos están debatiendo el caso de un paciente y uno le dice: “A este señor hay que operarlo enseguida”. El otro, preocupado porque no le ve nada en particular, dice: “¿Pero qué tiene?”, y el otro responde: “Dinero”.

Madelón sonrío. La gorda me mira preocupada y pregunta otra vez por Quique.

—Todavía tenemos que hacerlo estudiar, *amore*. Y no te muevas tanto. ¿Podemos liberar la cama, doctora?

—Ya pueden liberar la cama.

—¿Cómo que ya me voy? Yo de acá no me voy hasta que no me den a Quique.

La gorda revuelve sus piernas rollizas en el aire mientras trata de incorporarse y Madelón la toma de los brazos antes de que se mueva.

—Quedate quieta, te dije. Doctora, haga algo.

—Lo que operamos era un quiste, no un feto —digo.

Los alaridos *quiero ver al director médico, el marido de mi hermana es abogado, llamen a mi hermana*, etcétera deben llegar hasta la otra ala de la clínica. Entre manotazos y ahogos, la gorda logra embocar una cachetada a Madelón, que, rápida, acierta una dosis de benzodiazepina. En unos minutos todo volverá a la calma.

Abro la puerta de mi consultorio. Un mensaje de texto: *doctora, ¿puedo usar el microondas o las radiaciones hacen mal?* Mientras respondo que haga vida normal, entra Madelón con las fichas de los pacientes y detrás, el doctor Mario Segurola.

—Te estuve buscando, necesito hablarte —Madelón se instala cerca de la pared, pela un chicle y bambolea los pies al compás de su mandíbula. Mario le pide que se vaya.

Madelón responde que tengo varios casos que atender, que la sala de espera está a punto de descontrolarse.

—Que esperen —grita Mario.

—No me pagan por contener a esta gente.

—Que esperen igual.

Me avisa que tengo cinco minutos, cierra la puerta y los gritos frenéticos se escuchan más lejanos. Se apagan de golpe cuando Madelón grita que cada uno vuelva a su lugar y que serán atendidos a su debido tiempo.

—Tengo un problema, Lucía —Mario camina de ida y vuelta por mi consultorio. Es alto como todos los traumatólogos que conozco y, como la mayoría, suele tener problemas frecuentes de mala praxis.

Pienso de nuevo en los abogados y los médicos. Un chiste idiota dice que los abogados y las bananas tienen en común que ninguno es derecho. Mario se especializa en enderezar columnas y hacer agachar a sus pacientes.

Pero más que por sus revisiones clínicas, el doctor Segurola es conocido por su marca artística: cicatrices visibles como la zeta del zorro en cada cuerpo que interviene. Nunca fallo en detectar la mano de obra de Mario. Son gusanos hinchados, largos y torcidos. Él argumenta que prefiere abrir de más y estar seguro de todo lo que hay que sacar o corregir. Es, también, de los que dicen que para ver hay que abrir. Hubiera sido un buen forense.

—El otro día vino una paciente que no sabés lo que era. Bailarina o algo así. Un problema de meniscos, totalmente

operable.

Camina de un lado al otro, se rasca la cabeza.

—Pero soy un pelotudo, no me fijé la edad en la ficha, se me pasó controlar el consentimiento y resulta que es menor de edad y los padres quieren hacer quilombo porque dicen que hubo mala praxis, porque no hacía falta operar. ¿Qué sabe esta gente? Además, ¿no era que las personas pueden decidir por sí mismas? La chica parecía de veinte. No sabés lo que era.

Pero cómo un médico que ronda los sesenta, con uñas siempre limadas y con bastante pelo, con bodega propia y que juega mal al golf puede tener tanta falta de criterio. Le sugiero que se busque un abogado.

—¿Conocés alguno? —pregunta desesperado.

Digo que no, pero se me viene Agustina a la mente. Tal vez siga ejerciendo. Vaya uno a saber.

—No, no conozco ninguno. Hablá con Legales —Madelón se asoma, exige que empiece a atender pacientes. Detrás de ella, varias cabezas asomadas.

—Necesito que también hables con Héctor y le expliques. No quiere atenderme —dice casi llorando.

—Después hablamos —lo acompaño hasta la puerta. Antes de irse me pregunta si además del trabajo puede perder la matrícula.

—¿Sabés en qué se parecen un abogado y la bomba atómica? —me mira desconcertado—. En que todo el mundo los tiene porque el resto de la gente los tiene, pero todos preferirían no tener que usarlos.

No sonrío y se queda quieto. Está a punto de llorar. Cómo puedo saber yo en qué termina una situación así.

—No sé qué puede pasar, Mario.

—Pero ella estaba decidida a operarse.

—Es una menor, Mario.

—Pero cualquiera en mi lugar la hubiera operado. Quedó perfecta, además.